

GENOCIDIO DE LA TERNURA

I MENCION DEL XXVIII CONCURSO "IS- MAEL PEREZ PAZMIÑO"

Autor:
DR. MIGUEL ROMERO VICUÑA

¡Cuántas pupilas
obnubiladas por las bombas
titilan de terror
entre los escombros
de la muerte!...

¡Cuántos sollozos
y lamentos de ternura
se apagan con los estampidos
de los morteros y de las paredes
que se derrumban
sobre los últimos estertores
de la agonía!...

¡Cuánta muerte
se ensaña sin motivo
sobre indefensas criaturas
refugiadas en los socavones
y en los túneles de Bosnia-Erzegovina!...

¡Cuántas noticias trágicas
viajan a través del éter
cabalgando en los rayos láser
de imperceptibles y centellantes
pulsaciones magnéticas
y en cuestión de segundos
las pantallas de la televisión
nos muestran el dolor
en sus más dramáticas dimensiones
que traspasan nuestros sentidos
como dardos agudos de fuego
mientras nuestros ojos
se inundan de lágrimas
para ahogar tanto sufrimiento!...

A cada instante nos percatamos
que monstruos teriomórficos
vomitan fuego y plomo
para extinguir el último
vestigio de vida en la tierra

A cada instante apagan
los arreboles tornasolados
de las tardes con nubes
de gases amarillos.

A cada instante amenazan
perforar sus entrañas
con ojivas de uranio condensado
y envenenar el aire
con isótopos radiactivos.

¿De qué averno brota el mal
 en las mentes desquiciadas
 de los serbios que violan
 y profanan las vidas incubadas
 en la ternura y el amor?...

¿Por qué permitimos
 que seres con mentalidad versánica
 alienados por las drogas sicotrópicas
 y la trasmutación genética
 heredada de sus antepasados
 destruyan la vida
 de esos inocentes niños,
 e indefensas mujeres y ancianos?...

No obstante,
 un ejército de mártires
 del genocidio
 luchan desesperadamente
 contra el tiempo
 en las trincheras
 de Gorazde y Sarajevo
 para conservar
 un retazo de tierra
 y dar cabida a sus restos
 inmolados con obuses
 y gases mortales;
 para retener
 el pan y el agua
 con que alimentar
 la débil textura
 de lirios marchitos
 entre los escombros
 de la guerra.

Con la aurora
 encendida en las pestañas
 que atisban la masacre,
 los niños amanecen

ateridos de frío
 en los resquicios de las casas
 cuarteadas por los morteros
 y las bombas de fragmentación
 Granadas de cardos mortíferos
 yacen aparentemente inofensivas
 en la quietud de los destrozos,
 cual si fueran juguetes navideños
 esperando el despertar de los niños
 y el vuelo de las aves
 para estallar en mil pedazos
 de garras asesinas.

Mientras tanto,
 un corcel de lágrimas galopa
 entre los torbellinos del viento
 y un caudaloso río de ternura
 se desborda en sus almas
 inundadas de tristeza.
 Más allá del crepúsculo
 salpicado de sangre
 entre un reguero de hojas
 y pétalos marchitos por el fuego
 se van apagando poco a poco
 los gemidos de agonía
 con el susurro de la brisa
 saturada de gas mostaza
 que paraliza el llanto irremediabilmente.

Allí están todavía
 los claveles deshojados
 por las ondas pulsátiles
 de la pólvora y los misiles
 de mil cabezas de plutonio

Allí están esos seres
 con las pupilas trizadas
 por las esquirlas de las granadas
 tratando de juntar los pétalos

de las flores sobre la nieve.

Allí están sepultadas para siempre
bajo los escombros de la guerra:
el gorgojeo de las alondras,
el arcoiris de las libélulas,
las plegarias del ángelus,
las cuentas del rosario
despedazadas por el odio
y la ignominia de los asesinos.

Allí está bajo los muros
de ladrillo y cemento,
tatuados con sangre,
la muerte saturada de llanto
dibujando espectros de terror
y fantasmas de ceniza.

Allí están las osamentas
sin epitafios ni memorias,
sin flores ni plegarias,
junto a las páginas rotas
de la historia y las leyendas
de pretéritas batallas
y míticas epopeyas.

Allí están sepultados definitivamente
generaciones de niños y ancianos
bajo toneladas de hierro y caliza
como testimonio inaudito
de la etnofobia serbia.,

Allí también se quedaron
lapidadas para siempre
las banderas blancas
y los nidos de palomas
en las buhardillas de las casas,
junto a sus canciones de paz y bonanza,

junto a la sonrisa de los geranios
y a la danza zigzagueante de las abejas.

Allí se quedaron confundidos
en el silencio de la muerte,
el murmullo de la brisa
atrapada en la fuente
y el rayo de luz apagado
en su último atardecer...

Para ellos ya no habrán
mañanas aureoladas
con nuevos amaneceres,
ni la escarcha del cielo
reflejando albos capullos de primavera
en sus pupilas absortas de terror,
ni los aromas de las campiñas
saturando sus neuronas sensitivas
ávidas de placer;
porque el odio y la venganza
hizo estallar los obuses
sobre sus catedrales de nácar
y mancharon de sangre
los mercados y hospitales
de Bosnia-Erzegovina.

Un día cualquiera
estos habitantes
habrán desaparecido
sepultados por la acción bélica
y la bruma sofocante
de los gases amarillos.
No obstante,
a las mujeres valerosas
profanadas en su virtud sublime del pudor,
más les hubiera valido morir
antes de ver mancillada
su flor de virginal textura
por sus enemigos de siempre.

Mas para cuando llegue ese día,
ya no se juntarán
las flores para el rezo
porque sus pétalos desgajados
estarán cubriendo sus despojos
esparcidos en mil pedazos
sobre las ruinas.

Desde entonces,
jamás volverá a ser como antes,
porque los que se salven del exterminio
tendrán mutiladas sus manos
para las caricias y despedidas,
amputadas sus piernas
para el errante peregrinaje
de sus largas jornadas de angustia,
cegadas sus retinas
para descifrar el espectro de la luz
en las lágrimas brotadas
desde la esencia de su ser.

Mañana los que se queden
con algún signo de vida todavía
vegetarán junto a los pájaros
sin alas ni gorgojeos,
reptarán como sierpes
consumidas por el hambre y la sed
sobre las calles empolvadas
con hollín y toxinas.
Así sus sueños se quedarán
en la mitad del camino,
sin futuro que aliente sus esperanzas,
con un pasado inscrito en las veredas
por el bermellón de las flores disecadas
y la sangre derramada por la inquina.

Bajo los escombros de sus entrañas
se quedarán fosilizadas:

las raíces y las espigas de su heredad;
las alas quebradas de las mariposas
con la metamorfosis genética
con el paisaje inédito de las campiñas;
las estancias de ternura de los niños
con capullos de aromas inebriantes;
los cofres de recuerdos de los abuelos
guardando el romance citadino;
las fuentes de dulcura
con sus peces rojos y azules;
y, las jardineras abiertas
al rocío fresco de las mañanas.

Finalmente,
al fondo de esos muros
de caliza y ladrillos ahumados
se escucharán las voces
de esos seres
que estuvieron esperando
con ansias el día de la paz.
Se escucharán sus voces
desafiando a los verdugos
que segaron sus vidas prematuramente
a deponerlas armas
en busca de la paz,
si es que no son capaces
de aniquilar a sus hijos
y a sus madres también.
Se escucharán
en el silencio nocturno
esas voces de ultratumba
junto al murmullo
de las fuentes envenenadas
y al susurro del viento letal
repitiendo dulcemente:
"no hagas al otro
lo que no quieres
que te hagan a tí"